

LA DANZA DEL CAOS LA GATA



MARISOL SALES GIMÉNEZ

algar



1

—Jamás pensé que asistiría a mi propio funeral.

—Freya, deja de exagerar —resopló mi hermano mientras veía cómo me ponía el velo.

—Al menos, si fuera mi funeral estaría muerta —continué, viendo cómo se acercaban mis captores.

Había comprado ropa negra para la ocasión. En primer lugar, porque jamás habría encontrado ni una sola prenda de un color tan deprimente como el negro en mi armario. En segundo lugar, porque me negaba a usar nada que me hubiera puesto cualquier otro día. Ese era un día podrido y no iba a pudrir nada más, ni siquiera un par de prendas. Ya tenía suficiente. Y, por último, porque pensaba quemarla en cuanto llegara al infierno.

Reconocí a Týr, dios del honor y la guerra justa, y a Forseti, dios de la justicia y la mediación, que se acercaban a nosotros con su séquito. La última vez que había visto a Týr había sido meses atrás, cuando estuve segura de que había muerto en un fuego cruzado. Sin embargo, ahí estaba. Un hombre fornido con el pelo corto y negro que acostumbraba a vestir de color granate. Seguramente porque le recordaba a la sangre.

El dios de la justicia, sin embargo, no salió del agujero llamado Asgard hasta que se empezó a negociar una tregua. Como pieza central de esta, pero no de la negociación, era la primera vez que lo tenía frente a mis ojos.

Forseti era más alto que Tyr y bastante más joven. Rubio, de ojos castaños y postura algo encorvada. Parecía que no había visto la luz del sol en semanas.

Tal y como prometieron, venían acompañados de Mímir y Hoenir, los sabios de Asgard. Parecían calmados, incluso sonrientes. No me dio buena espina. ¿Acaso se alegraban de abandonar su tierra, la que a mí me iban a obligar a habitar por el resto de mis días?

Mi hermano Frey y yo también estábamos acompañados en ese intercambio de rehenes. El que nos entregaba era nuestro padre, el dios del mar y la navegación, el gran Njörd en persona. No fui capaz ni de mirarlo. Ya me había encargado de buscar el velo más opaco posible para ocultarme tras él.

Mi padre siempre había sido mi ídolo, mi guía, el ser más admirable que había pisado el Yggdrasil. Un navegante seguro y experimentado, un guerrero diestro y sabio, un padre atento y bondadoso. Un líder dentro y fuera de nuestra casa, el que se quedó junto a nosotros sin titubear incluso cuando nuestra madre nos abandonó y se mudó a las tierras altas de Vanaheim.

La persona en la que más confiaba me había vendido al enemigo.

La guerra entre Vanaheim y Asgard parecía que nunca iba a llegar a su fin. Eran varias las décadas que llevábamos

luchando sin descanso, sin tregua ni expectativa de que fuera a terminar a corto plazo. Hasta que llegó Odín, el dios autoproclamado «padre de todos», para negociar con Njörd, mi único padre. Las negociaciones duraron varios días, pero no los suficientes.

Pendiente de las lágrimas que no quería derramar, me perdí parte de la conversación entre los aesir y mi padre.

—Odín está muy agradecido por que este intercambio vaya a poner fin a la guerra —escuché decir a Forseti a través del velo.

—Nosotros también nos sentimos orgullosos de poder poner fin a esta guerra. Por el bien de los nueve mundos —brindó mi padre.

El universo estaba compuesto por nueve mundos, y juntos formaban el gran Yggdrasil. A pesar de estar conectados entre sí, no todos los mundos podían acceder con libertad a los otros.

Por ejemplo, los humanos, que vivían en Midgard, no podían salir de allí. Al menos, no vivos. Una vez fallecidos, iban a Helheim, el reino de los muertos, sin pena ni gloria, o al salón Valhalla de Odín, en Asgard, si morían de manera valerosa. Para Odín, «valerosa» era sinónimo de «por él». Seguramente, le pondría que muriesen gritando su nombre. Aunque no lo conocía en persona, tenía muy claro el sadismo de mi enemigo. Lo había percibido durante la batalla.

Aunque los vanir podíamos viajar libremente a la mayoría de los mundos, los únicos que podían entrar y salir de los nueve sin restricciones eran los aesir. El

Yggdrasil les pertenecía. Por ese y otros motivos, se inició la guerra que terminaba conmigo y con mi hermano Frey siendo vendidos como ganado a los dioses que nos querían muertos.

Vi cómo se estrechaban la mano, cómo los rehenes de los aesir que pasarían a ser vanir se situaban tras mi padre, cómo el séquito de Tyr y Forseti cogía nuestras maletas y mi hermano los saludaba con gesto amable antes de montarse en la lujosa limusina.

Me pitaban los oídos. Los pies se me habían quedado anclados a mi tierra. Las manos me empezaron a sudar sin control. Llevaba más de setenta y dos horas sin dormir esperando ese preciso instante. El instante en el que mi padre, con una sonrisa, me metía en el ataúd en forma de limusina mientras se despedía con la mano, como si me enviara a un campamento de verano y no al infierno. Había luchado con valía por mi tierra, por mi pueblo, por mi familia y por mí misma. Había demostrado que era fuerte, que era una luchadora. Y eso era todo lo que recibía.

Mi padre me agarró por los hombros con firmeza obligándome a mirarlo. Mis ojos, incapaces de contemplar su rostro por completo, se posaron en su enorme bigote.

—Nunca olvides quién eres, Freya. Eres única. Eres un tesoro, un regalo para los nueve mundos. —Me apretó con más fuerza—. No olvides quién eres.

Me zafé de sus brazos y recobré la compostura típica que te brinda el orgullo herido.

—No. Ese ha sido tu error, no el mío.

Giré sobre mis talones y entré en la limusina, donde mi hermano ya se estaba bebiendo una copa de champán. Fue el único momento en el que me arrepentí de llevar el velo. Ojalá hubiera visto la mirada de asco que le acababa de dirigir.

—No creas que no puedo ver tu expresión a través de ese mantel negro, Freya. Puedo escuchar tu reproche en mi mente hasta con eco.

—Se llama culpabilidad. —Me crucé de brazos.

—Sé que esto no es lo ideal. —Escuché cómo el motor se ponía en marcha—. Pero, si lo piensas bien, salimos ganando. Desde hoy vamos a ser reconocidos como los grandes dioses que somos. Vamos a formar parte del panteón de dioses de Asgard. No voy a contener mi alegría por que reconozcan mi trabajo en los nueve mundos —dijo mi hermano.

—Me niego a iniciar de nuevo esta discusión contigo, Frey. Perfuma y ponle todas las flores que quieras a esta mierda, pero seguirá siendo una mierda.

—No veo nada de mierdoso en beber champán en una limusina. —Alzó la copa—. Brindo por que un día le veas la parte buena a esto y por que no olvides lo mucho que te quiero. Esto sin ti sí que sería una mierda.